San Lucas 20, 27-40

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos saduceos, que niegan la resurrección, y le preguntaron: "Maestro, Moisés nos dejó escrito: "Si a uno se le muere su hermano, dejando mujer, pero sin hijos, cásese con la viuda y dé descendencia a su hermano". Pues bien, había siete hermanos: el primero se casó y murió sin hijos. Y el segundo y el tercero se casaron con ella, y así los siete murieron sin dejar hijos. Por último murió la mujer. Cuando llegue la resurrección, ¿de cuál de ellos será la mujer? Porque los siete han estado casados con ella". Jesús les contestó: "En esta vida, hombres y mujeres se casan; pero los que sean juzgados dignos de la vida futura y de la resurrección de entre los muertos no se casarán. Pues ya no pueden morir, son como ángeles; son hijos de Dios, porque participan en la resurrección. Y que resucitan los muertos, el mismo Moisés lo indica en el episodio de la zarza, cuando llama al Señor "Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob". No es Dios de muertos, sino de vivos, porque para él todos están vivos".

Intervinieron unos letrados: "Bien dicho, Maestro". Y no se atrevían a hacerle más preguntas.

COMENTARIOS

El Dios en el que Jesús cree es el Dios que ama la vida y la defiende, que se hace presente en la historia humana, para conducirla a la plenitud de la vida, la cual está más allá de lo natural, más allá del tiempo histórico y de los modos de vivir.

Jesús responde sabiamente a la pregunta de los saduceos teniendo como fundamento la fidelidad de Dios a lo largo de la historia de salvación, que es dadora de sentido para todo creyente. Afirma que, para Dios, todos viven, son hijos de la resurrección, pues la muerte no es el destino último del ser humano, sino la vida; una vida plena y abundante que es concedida por Dios y confirmada por Jesús en su resurrección.

Estamos llamados, como creyentes en Jesús, a construir proyectos que favorezcan en todo momento la vida y la dignidad de las personas, en especial de los más débiles y necesitados, ya que de esta manera es como Dios mismo se va manifestando a la humanidad.

Él nos llama a la vida, a la fraternidad, y debemos responder de la misma manera: siendo testigos de esa vida y de esa esperanza prometidas por Dios en la resurrección.

Padre Juan Alarcón Cámara S.J.